

Al ofrecer orientaciones concretas sobre la preparación inmediata para el Gran Jubileo del Año 2000, Su Santidad Juan Pablo II escribía lo siguiente: «El 1998, *segundo año* de la fase preparatoria, se dedicará de modo particular al Espíritu Santo y a su presencia santificadora dentro de la comunidad de los discípulos de Cristo» (Carta Apostólica, *Tertio millennio adveniente*, n. 44). Se trata de una invitación a contemplar con mirada atenta y amplia la obra santificadora del Paráclito. *Scripta Theologica*, que en 1997 dedicó un *Cuaderno* al Hijo Eterno, titulado *Jesucristo, don del Padre* (cfr. ScrTh 29 [1997] 443-539), se suma a esta iniciativa del Papa dedicando ahora un *Cuaderno* al Espíritu Santo en el que los diversos estudios encuentran su unidad en la contemplación del Espíritu del Señor precisamente desde la perspectiva de su actividad santificadora.

En el primero de los trabajos, *Hijos de Dios por el Espíritu Santo*, Mons. Fernando Ocariz considera nuestra filiación divina en relación con la misión del Espíritu al alma del justo. El estudio, sugerente y profundo, comienza con unas páginas dedicadas a la esencial dimensión trinitaria del orden sobrenatural y a las misiones invisibles del Hijo y del Espíritu por las que la criatura racional es elevada hasta «participar» en las Procesiones eternas del Hijo y del Espíritu. A continuación pasa a considerar el hecho de que somos constituidos hijos en el Hijo por el Espíritu Santo y estudia estas dos fórmulas teológicas: *hijos del Padre en el Hijo por el Espíritu Santo* e *hijos del Padre por el Hijo en el Espíritu Santo*, afirmaciones que están íntimamente compenetradas, pero que no son equivalentes, pues encierran matices teológicos diversos. El trabajo termina con tres apartados de gran incidencia antropológica y ascética: el Espíritu Santo y la libertad de los hijos de Dios, el Espíritu Santo y la oración de los hijos de Dios, el Espíritu Santo y la consumación escatológica de la filiación divina.

Sigue otro estudio, *Divino huésped del alma*, en el que considero estas mismas realidades desde la perspectiva de la inhabitación de Dios en el alma. Esta inhabitación consiste en una mutua presencia de conocimiento y de amor, que va creciendo conforme crece la hondura de la santificación, y tiene lugar *en* y *por* el Espíritu Santo, que derrama la caridad en nuestros corazones. El Espíritu Santo se nos revela, pues, como la Persona divina, enviada al corazón del hombre en calidad de Don supremo con el que Dios se dona al hombre en toda su realidad vital. Se trata de una donación mutua: la Trinidad se dona al hombre enviándole su Espíritu; el hombre, a su vez, recibe a Dios y se dona a Él *en* y *por* el Espíritu Santo.

Esta mutua donación, tal y como los grandes teólogos griegos pusieron de relieve desde un primer momento, no es otra cosa que la *divinización* del hombre. El Profesor José María Yanguas nos ofrece un oportuno estudio de uno de estos teólogos, el más emblemático de todos ellos en el tema que nos ocupa: San Basilio de Cesarea. En *El Espíritu Santo y la divinización del cristiano*, el lector encuentra un solvente estudio de la doctrina pneumatológica de San Basilio, y especialmente del nexo indisoluble que los teólogos del siglo IV encontraron entre la obra divinizadora del Espíritu y su divinidad. La claridad con que entonces se vio el nexo existente entre la divinización del hombre y la pneumatología está en la base de la firmeza con que el Concilio I de Constantinopla confiesa al Espíritu como «Señor y Dador de Vida», que justamente «recibe igual honor y gloria con el Padre y el Hijo».

El Profesor Javier Sesé analiza esta misma realidad divinizadora desde la perspectiva de los autores clásicos en teología espiritual. Su trabajo *Los dones del Espíritu Santo y el camino hacia la santidad* recoge la rica doctrina de los grandes maestros sobre la actuación del Paráclito en el alma a través de los dones. Se destaca así que, en el camino hacia la santidad, la iniciativa y la actividad principal es divina y que al alma corresponde, sobre todo, la de ser dócil a la acción del Espíritu Santo. Al hilo de estas consideraciones, el lector encontrará incisivas descripciones de la naturaleza teológica y de las características de cada uno de los dones; encontrará también citados oportunamente hermosos textos pneumatológicos de los autores espirituales.

El Cuaderno concluye con un estudio sobre *La iconografía del Espíritu Santo en la Iglesia latina*, realizado por el Profesor José Antonio Íñiguez. Se trata de un trabajo iconográfico, amplio y ameno, en el que se muestra, desde el arte, cuáles han sido las preocupaciones teológicas y catequéticas de la Iglesia latina en materia trinitaria y pneumatológica a lo largo de los siglos. Se muestra, sobre todo, la importancia dada a la Persona del Espíritu Santo y cómo se ha intentado hacerle presente y asequible a la piedad popular.

Como señala el Comité para el Jubileo del Año 2000, el Gran Jubileo sólo cumplirá su función si está impregnado totalmente de la presencia y de la acción del Espíritu (cfr. *El Espíritu del Señor*, Introducción). El presente Cuaderno no tiene otra finalidad que la de hacer presente al Espíritu a través de la contemplación teológica

Lucas F. Mateo-Seco